

En un ~ puño cerrado no entran dudas

MIGUEL ÁNGEL SÁINZ LARA

Aprovechando la salida de su madre a la tienda, Gustavo se desplaza hacia el baño. Una vez ahí, baja el cierre y busca desesperado un miembro que ofrece dificultades para salir debido a la erección. Con la mano derecha acaricia el tronco del pene; ese tacto delicado se debe a que mientras lo hace, en su banco de memoria busca al objeto del deseo; la víctima, la elegida, está vez es Jennifer López. Entonces, la mano adquiere fuerza, y la caricia, se transforma en jaloneo, uno que sincroniza con el movimiento de las anchas caderas de la estrella, envueltas en un maravilloso vestido verde que ocupó hace más de un año en una entrega de premios. Las chichis, las chichis, las chichis, son una imagen que se repite y parecen golpear la cara del chamaco que ya presenta ojos desorbitados y boca abierta. Un hilito de sudor se deja caer cuando imagina a JLO invitando a un güey a poseerla. Ella se quita poco a poco el vestido, el hombre la interrumpe para arrancarle la pequeña pantaleta.

¿Qué puede no ser pequeño en las nalgas de la López?- el sexo de Jenny, el sexo de Jenny, el sexo de Jenny queda expuesto y provoca que la respiración del masturbante imite los resoplidos de un perro enfermo. El faje de la pareja hace que se calienten los tres; pero el momento se enciende cuando ella se deja caer y

alza el rabotote dejando clavadas las mano y rodillas en el piso; clama por sexo, brama como gata en celo por hombre, quien ahora, bruscamente se deshace de la camisa exponiendo una caja torácica tridimensionalmente marcada; después de un jalón, se quita el pantalón y la lengua de Gustavo repasa las comisuras de los labios presagiándole final: las nalgas del güey, las nalgas del güey, las nalgas del güey... ■



Guillermo Ceniceros